

La Gran Hipocresía: el Clima, la Guerra y el Silencio de los Poderes.

Una reflexión sobre las contradicciones del sistema y la posible intencionalidad detrás de la crisis climática.

El espejismo de la responsabilidad individual.

Mientras Europa se asfixia bajo olas de calor que baten récords año tras año, mientras los termómetros superan los 40 grados y los cuerpos de los ancianos caen como moscas en sus viviendas sin aire acondicionado, algo extraño está ocurriendo en el discurso público. Se nos dice que reciclemos, que reduzcamos nuestro consumo, que cambiemos nuestras bombillas por LED, que compremos coches eléctricos. Se nos exige un sacrificio personal, una modificación de nuestros hábitos cotidianos, como si el problema del cambio climático fuera, ante todo, una cuestión de elecciones individuales.

Pero, al mismo tiempo, las guerras se suceden sin tregua. Los ejércitos del mundo queman combustible como si no hubiera un mañana. Los explosivos devastan territorios y liberan a la atmósfera cantidades ingentes de gases de efecto invernadero. Y de todo esto, ni palabra, ni una mínima mención en las cumbres del clima, ni un reproche en los medios de comunicación, ni una sola medida para frenar la contaminación bélica.

No parece que esta contradicción sea casual, sino la manifestación más evidente de una hipocresía que protege los verdaderos intereses de quienes gobiernan el mundo, mientras la ciudadanía carga con el peso de una crisis que no ha creado y que, por sí sola, no puede resolver.

1. El calor como metáfora de un sistema en descomposición.

La evidencia irrefutable.

El cambio climático no es una teoría, ni una especulación, ni una profecía apocalíptica. Es una realidad cuantificable, medible y, sobre todo, mortal. En junio de 2026, las olas de calor extremas que abrasaron Europa occidental dejaron más de 10.000 muertes adicionales en solo unos días. La inmensa mayoría de los fallecidos, más de 9.000, se registraron entre personas de 65 años o más. En España, la primera ola de calor de 2026 dejó 212 muertes. En una sola semana, la Organización Mundial de la Salud contabilizó más de 1.300 muertos en todo el continente.

Estas olas de calor, según el grupo de científicos World Weather Attribution, habrían sido "*prácticamente imposibles*" sin el cambio climático. Porque no son fenómenos aislados, ni rarezas meteorológicas, ni caprichos de la naturaleza; son la consecuencia directa y previsible de décadas de emisiones incontroladas de gases de efecto invernadero.

Y, sin embargo, el año 2025 ya fue el más caluroso jamás registrado en el planeta, con más de 62.000 personas fallecidas a causa del calor en Europa. Las cifras se repiten, se acumulan, se superan. Pero la maquinaria continúa su marcha imparable.

El calentamiento acelerado de Europa.

Europa no solo sufre el cambio climático, lo sufre con una intensidad superior a la del resto del mundo. El continente se calienta a un ritmo casi el doble de la media global. Las causas son múltiples: la pérdida de nieve y hielo que reduce el efecto albedo (capacidad de una superficie para reflejar la radiación solar), los cambios en los patrones de viento y la modificación de las corrientes atmosféricas. Pero todas ellas tienen un mismo origen: la actividad humana y, en concreto, la quema de combustibles fósiles.

Las consecuencias son devastadoras y se multiplican en cascada. Carreteras que se agrietan, vías de tren que se deforman, centrales nucleares

que deben reducir su producción porque el agua de los ríos utilizada para refrigeración está demasiado caliente. Infraestructuras enteras colapsan ante temperaturas extremas para las que no fueron diseñadas. La economía europea pierde cada año entre 30.000 y 40.000 millones de euros, más de dos puntos del Producto Interior Bruto.

Pero el impacto más profundo, el que rara vez se menciona, es el social. El **20% más pobre** de la población sufre pérdidas de ingresos mucho mayores (cerca del 4%) que el resto de los hogares (entre el 1,1% y el 1,8%). El calor mata, pero mata de forma desigual. Mata más a los ancianos, a los enfermos y a los pobres. Como todas las crisis del capitalismo, la crisis climática tiene un rostro de clase.

2. El silencio de los medios como cómplice necesario.

La desconexión entre el evento y su causa.

Si el cambio climático es tan evidente y sus consecuencias tan mortíferas, ¿por qué no ocupamos los titulares de los medios de comunicación con la exigencia de soluciones radicales? La respuesta es tan simple como demoledora: porque los medios, en su inmensa mayoría, han decidido no conectar el cambio climático con las olas de calor que sufrimos.

Un análisis de **500 noticias** del Reino Unido sobre la ola de calor de junio de 2026 reveló que el **72% nunca mencionó el cambio climático**. Es decir, siete de cada diez informaciones trataban el calor extremo como una simple anécdota meteorológica, un capricho del tiempo, una rareza sin explicación. La causa, el cambio climático, quedaba convenientemente silenciada.

En Estados Unidos, el fenómeno es aún más flagrante. Cadenas como NBC, ABC y CBS lideraron sus noticieros con el caos climático, pero **no** mencionaron el cambio climático ni una sola vez. La cobertura de la NBC llegó a recortar el logo de la "Semana de Acción Climática de Londres" de una intervención del Secretario General de la ONU. La omisión no es un descuido: es una decisión editorial.

Incluso cuando se menciona el cambio climático, la cobertura varía según el medio. En Francia, el 54% de las secuencias en France Info TV mencionaban el cambio climático, mientras que en M6 la cifra descendía al 43%. La decisión de informar, de conectar la causa con el efecto, no es neutral, responde a intereses, a líneas editoriales y a presiones de todo tipo.

La cobertura en declive.

La tendencia es además decreciente. La cobertura mediática del cambio climático en general disminuyó un 14% en 2025 en comparación con el año anterior. A pesar de la creciente gravedad de los fenómenos: olas de calor más intensas, inundaciones más devastadoras y sequías más prolongadas, los medios dedican cada vez menos espacio a la crisis climática.

Este silencio tiene un nombre y un apellido: **intereses económicos**. La industria de los combustibles fósiles tiene un incentivo claro para minimizar el vínculo entre sus productos y el cambio climático. Financian campañas de desinformación y siembran la duda, un legado que se remonta a décadas atrás. Pero no son los únicos.

La economía de la atención, ese monstruo creado por los algoritmos de las redes sociales y los medios digitales, recompensa el contenido que genera clics y engagement. Y ese contenido suele ser el sensacionalista, el que siembra la duda, el que presenta el cambio climático como una controversia en lugar de como un consenso científico. La información climática rigurosa, aunque vital, no compite en igualdad de condiciones en este ecosistema.

Pero el silencio tiene también un beneficiario interno: el propio sistema. Si los medios vincularan de forma sistemática las olas de calor con el cambio climático y el cambio climático con la quema de combustibles fósiles, la presión sobre los gobiernos y las grandes corporaciones sería insostenible. Se exigirían medidas drásticas, transformaciones profundas y cambios estructurales. Y eso, precisamente, es lo que los poderes fácticos quieren evitar.

3. La maquinaria de guerra, el gran emisor invisible.

Las cifras que no se mencionan.

Mientras se nos pide que reduzcamos nuestro consumo, que volemos menos, que compremos coches eléctricos, los ejércitos del mundo que- man combustible como si el planeta no tuviera límites. Y lo hacen, ade- más, sin rendir cuentas a nadie.

Se calcula que los ejércitos son responsables de aproximadamente el 5,5% de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero. Esta cifra, ya de por sí abrumadora, no incluye las emisiones de la propia lucha bélica. Es decir, el 5,5% es solo el gasto militar en tiempos de "paz". Cuando estalla un conflicto, las emisiones se disparan.

Si las fuerzas armadas del mundo fueran un país, serían el cuarto mayor emisor del planeta. Su huella de carbono es superior a las emisiones combinadas de toda la aviación y el transporte marítimo civil. Y, sin embargo, mientras la aviación comercial y el transporte marítimo están sometidos a regulaciones y compromisos de reducción de emisiones, los ejércitos operan en la más absoluta impunidad.

El coste climático de las guerras.

Los datos de los conflictos recientes son escalofriantes:

- La guerra en Ucrania ha producido 229,7 millones de toneladas equivalentes de CO₂ desde el inicio de la invasión rusa. Esta cifra equivale a las emisiones anuales de 120 millones de automóviles de combustión o a las emisiones combinadas de Austria, Hungría, República Checa y Eslovaquia. Solo en el último año, las emisiones crecieron un 30%.
- Los combates en el frente de batalla representan el 36% del CO₂ emitido en Ucrania, con un total de 82,1 millones de toneladas en tres años. A pesar del uso creciente de drones, estos no han reemplazado el alto consumo de proyectiles de artillería, altamente contaminantes.

- La reconstrucción de infraestructuras dañadas ha generado 62,2 millones de toneladas de CO₂, el 27% del total.
- Los incendios forestales asociados al conflicto han liberado 48,7 millones de toneladas de CO₂, el 21% del total. En 2024, estos incendios crecieron un 113% en comparación con los dos años previos.
- Los ataques a infraestructuras energéticas han generado 19 millones de toneladas de CO₂ (8% del total).

El informe de la Iniciativa para Contabilizar los Gases de Efecto Invernadero de la Guerra (IGGAW) subraya cómo la guerra y la crisis climática se retroalimentan, intensificando los efectos del calentamiento global. La sequía extrema que afectó a gran parte de Ucrania en 2024, combinada con los combates, provocó incendios descontrolados que los bomberos no pudieron sofocar por operar en zona de guerra. El cambio climático y los conflictos armados se refuerzan mutuamente, conduciendo a un mayor calentamiento global.

Pero Ucrania no es un caso aislado. En los primeros 14 días de la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán en 2026, se emitieron 5 millones de toneladas de CO₂. Los ataques a Gaza generaron 33,2 millones de toneladas equivalentes de CO₂ solo en enero de 2025, incluyendo la reconstrucción.

La laguna legal que lo permite.

¿Cómo es posible que esta gigantesca fuente de contaminación permanezca invisible? La respuesta está en una laguna legal que no es casual.

El Protocolo de Kioto de las Naciones Unidas, firmado en 1997, excluyó las emisiones militares de los informes nacionales. Desde entonces, todas las cumbres sobre el clima han hecho la vista gorda. Incluso el Acuerdo de París, celebrado como un punto de inflexión en la lucha contra el cambio climático, dejó la notificación de las emisiones militares como una medida voluntaria. Es decir, opcional. Lo que en la práctica significa ignorada por la mayoría.

Estados Unidos, China y Rusia (los países con mayor gasto militar del mundo) no presentan nada o casi nada a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. La mayoría de los ejércitos declaran menos del 10% de su huella de carbono.

El gasto militar mundial alcanzó la cifra récord de 2,7 billones de dólares en 2024. Si se mantienen las tendencias actuales, alcanzará los 6,6 billones de dólares en los próximos años. Cada dólar gastado en defensa produce más del doble de emisiones que un dólar gastado en cualquier otro sector de la economía.

La hipocresía de la OTAN.

La OTAN, que se presenta como una alianza defensiva, es uno de los mayores emisores institucionales del planeta. El gasto militar de la alianza produce alrededor de 233 millones de toneladas de gases de efecto invernadero al año. Es una cifra superior a las emisiones de países enteros como Colombia o Qatar.

La huella de carbono de la OTAN creció casi un 40% entre 2021 y 2024, pasando de 196 a 273 millones de toneladas de CO₂. Este aumento del gasto en defensa y la proliferación de conflictos armados elevan la huella climática global.

La OTAN asegura que empezó a desarrollar su propia política de protección medioambiental ya a finales de los años 70, pero los resultados han sido escasos. En 2021, el entonces secretario general Jens Stoltenberg aprobó un Plan de Acción sobre Seguridad y Cambio Climático y creó un Centro de Excelencia para el Cambio Climático y la Seguridad, que algunos señalaron como una forma de "greenwashing" (lavado verde).

Pero la realidad es tozuda. El rearme global representa una amenaza concreta para los objetivos de lucha contra el cambio climático. El previsto aumento del gasto militar de la OTAN podría incrementar las emisiones de gases de efecto invernadero en casi 200 millones de toneladas anuales.

4. La gran contradicción.

Sacrificio individual frente a impunidad estructural.

La contradicción es tan evidente que resulta insultante e insoportable. Por un lado, se nos exige a los ciudadanos un cambio de comportamiento: reciclar, reducir el consumo, optar por el transporte público, comprar electrodomésticos eficientes e instalar paneles solares. Se nos dice que el futuro del planeta depende de nuestras decisiones individuales. Por el otro, los grandes emisores (los ejércitos, la industria armamentística y los complejos militares-industriales) quedan exentos de cualquier responsabilidad. No se les exige que reduzcan sus emisiones, ni que rindan cuentas, ni se les somete a los mismos estándares que al resto de la economía.

Es como pedir a los pasajeros de un barco que remen con cucharas para frenar su avance, mientras la sala de máquinas funciona a pleno rendimiento y nadie tiene acceso a ella. El esfuerzo individual, aunque loable, es una gota en el océano comparado con la marea de emisiones generada por los conflictos y el gasto militar.

La desviación de recursos.

El gasto militar no solo contamina directamente: también desvía recursos financieros, competencias y atención que podrían dedicarse a solucionar la mayor amenaza existencial que la humanidad jamás ha enfrentado.

Los países más ricos, que son los principales responsables de la crisis climática, destinan más recursos al gasto militar que a la financiación para el clima. Gastan al menos 30 veces más en sus fuerzas armadas de lo que gastan en brindar financiación para el clima a los países más vulnerables.

Siete de los principales emisores históricos también están entre los diez países con mayor gasto militar del mundo. La correlación no es accidental. El mismo sistema que genera la crisis climática es el que se beneficia de la industria armamentística y el gasto militar.

La geopolítica del silencio.

El silencio sobre el impacto climático de las guerras y los ejércitos no es un descuido, sino una necesidad del sistema. Cuestionar la huella de carbono de los ejércitos es cuestionar el *statu quo* geopolítico y económico, es poner en duda la necesidad de mantener ejércitos gigantescos y de invertir en armamento, de perpetuar conflictos.

Y eso, precisamente, es lo que los poderes fácticos no pueden permitir. La industria armamentística mueve miles de millones de dólares y genera empleo y beneficios en los países desarrollados. Los complejos militares-industriales tienen un poder inmenso en la toma de decisiones políticas. Cuestionar su huella de carbono es cuestionar su propia existencia.

5. ¿Intencionalidad o consecuencia no buscada?

La hipótesis incómoda.

Llegados a este punto, la pregunta que emerge es inevitable: ¿es todo esto una consecuencia no buscada del ejercicio del poder y de la defensa de intereses de las élites, o existe una **intención no declarada** de reducir la población mundial, o al menos la de ciertos territorios, sin que ello ponga en riesgo los privilegios e intereses de las élites?

La hipótesis es incómoda, pero los datos la hacen plausible. El cambio climático, en su forma actual, actúa como un **filtro demográfico** que afecta de forma desproporcionada a los más vulnerables: ancianos, enfermos, pobres o habitantes del Sur Global. Las olas de calor en Europa matan mayoritariamente a personas mayores de 65 años. Las sequías y las inundaciones en África y Asia devastan comunidades enteras. Los fenómenos extremos desplazan poblaciones, generan hambrunas y provocan conflictos por recursos escasos.

Y, sin embargo, las medidas que se toman son insuficientes, tardías y, en muchos casos, contraproducentes. Se promueven soluciones tecnológicas que perpetúan el modelo extractivista, se financia la adaptación con cuantagotas, se posponen las decisiones difíciles. Mientras tanto, la

maquinaria de guerra sigue funcionando a pleno rendimiento, emitiendo sin control y sin rendir cuentas.

Los precedentes históricos.

La idea de que las élites pueden ver en la reducción de la población una solución a sus problemas no es nueva. El concepto de "control de la población" ha sido una preocupación recurrente en los círculos de poder desde al menos el siglo XIX, vinculado a teorías malthusianas que veían en el crecimiento demográfico una amenaza para los recursos y la estabilidad social.

En el contexto del cambio climático, esta idea ha resurgido con fuerza. Algunos sectores del pensamiento ecologista radical abogan por la reducción drástica de la población como solución a la crisis climática. Pero lo que resulta preocupante es que, en la práctica, las políticas que se implementan o, en particular, las que no se implementan, apuntan en esa dirección.

La falta de acción climática efectiva, la perpetuación de los conflictos armados, la protección de los intereses de la industria de los combustibles fósiles y la industria armamentística, el silencio de los medios, la exención de los ejércitos de cualquier responsabilidad climática: todo ello contribuye a un escenario en el que la población mundial, y especialmente la de los territorios más vulnerables, se verá reducida por el hambre, las enfermedades, los desplazamientos y los conflictos.

¿Estrategia o negligencia criminal?

La pregunta crucial es si esta situación responde a una estrategia deliberada o a una negligencia criminal. La respuesta, probablemente, se sitúa en un término medio: no existe un "comité de las élites" que se reúna para planificar la reducción de la población, pero sí existe un sistema de intereses que, de facto, produce ese resultado.

Las élites no necesitan conspirar para reducir la población. Les basta con proteger sus privilegios y defender sus intereses para que el sistema, por

su propia inercia, produzca ese efecto. La industria de los combustibles fósiles no necesita desear la muerte de millones de personas: le basta con maximizar sus beneficios para que el cambio climático siga su curso. La industria armamentística no necesita planificar la devastación: le basta con vender armas para que los conflictos se perpetúen. Los gobiernos no necesitan desear la muerte de sus ciudadanos más vulnerables: les basta con priorizar el gasto militar sobre la adaptación climática.

Pero hay un matiz que no puede ignorarse: la conciencia de las consecuencias. Cuando los científicos llevan décadas advirtiéndolo sobre los efectos del cambio climático, cuando los datos son públicos y accesibles, cuando las soluciones son conocidas y viables, la inacción deja de ser negligencia para convertirse en complicidad. Y la complicidad, en un asunto de vida o muerte, es indistinguible de la intencionalidad.

El 1% y sus emisiones.

Un dato que arroja luz sobre esta cuestión es el de la distribución de las emisiones. El 1% más rico del mundo produce el doble de las emisiones de carbono combinadas del 50% más pobre. Las élites no solo son las que más contaminan: son las que tienen el poder para tomar decisiones que podrían frenar la crisis climática, y las que eligen no hacerlo.

Este 1% no es un grupo abstracto: son los dueños de las grandes corporaciones energéticas, los accionistas de la industria armamentística, los políticos que reciben financiación de ambos sectores, los medios de comunicación que perpetúan el silencio. Son, en definitiva, quienes se benefician del *statu quo* y quienes tienen más que perder con cualquier transformación profunda.

6. Romper el silencio, exigir responsabilidades.

La hipocresía del sistema es tan evidente que resulta difícil no verla. Se nos pide a los ciudadanos que carguemos con el peso de una crisis que no hemos creado, mientras los verdaderos responsables: los ejércitos, la industria armamentística y los grandes emisores, operan en la más absoluta impunidad.

El silencio de los medios, la laguna legal que excluye las emisiones militares de los acuerdos climáticos, el aumento imparable del gasto militar, la perpetuación de los conflictos armados: todo ello conforma un sistema que, aunque no tenga como objetivo explícito la reducción de la población, produce ese efecto de forma sistemática y previsible.

La pregunta que debemos hacernos no es si existe una conspiración, sino por qué permitimos que este sistema continúe. Por qué aceptamos que se nos exija un sacrificio individual mientras los grandes emisores quedan exentos. Por qué toleramos que los medios de comunicación silencien la causa del problema. Por qué consentimos que los gobiernos prioricen el gasto militar sobre la acción climática.

Romper este silencio es el primer paso. Exigir que los ejércitos rindan cuentas por sus emisiones, que los conflictos armados sean evaluados por su impacto climático, que los medios de comunicación vinculen de forma sistemática los fenómenos extremos con el cambio climático, que los gobiernos prioricen la vida sobre la guerra: todo ello es posible, pero requiere una movilización ciudadana que el sistema ha hecho todo lo posible por evitar.

La crisis climática no es un problema técnico, sino político. No se resuelve con bombillas LED o coches eléctricos, sino con una transformación profunda de las estructuras de poder que perpetúan el modelo extractivista y bélico. Y esa transformación solo será posible cuando la ciudadanía tome conciencia de la hipocresía del sistema y exija responsabilidades a quienes realmente tienen el poder de cambiar las cosas.

El calor extremo que asfixia Europa no es un fenómeno natural. Es la consecuencia de decisiones políticas, de intereses económicos, de un sistema que prioriza el beneficio de unos pocos sobre la vida de muchos. Y mientras no seamos capaces de nombrar esta realidad, de señalar a los responsables, de exigir cambios estructurales, seguiremos asfixiándonos mientras los poderosos miran hacia otro lado.

La historia nos juzgará, y no por nuestras intenciones, sino por nuestros actos. O, más exactamente, por nuestra inacción.